La Novela Corta

PURIFICACIÓN

POR

Diego San José

10 cts.

NÚM. EXTRAORDINARIO

Año III Madrid 23 de Marzo de 1917 Núm. 116

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

La Novela Corta, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, ***para complementar su apostolado de divulgación literaria*** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos ***UNA SOLA OBRA*** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas

NOVELA ROMÁNTICA

***LARRA.**--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.-El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.-La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.--Abelardo y Eloisa.
HARTZENBUSCH.--La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China
AIGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Bellaflor.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.--El Cura de aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CANOVAS.--La campana de Huesca.
VICCETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALLESTER.--La espada del muerto.
NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

***FERNAN CABALLERO.**--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La proteccion de unsastre.
***EL SOLITARIO.**--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matritenses.
PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
CLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
***ALARCON.**--El amigo de la Muerte.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORRILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.
***BECQUER.**-El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.--Pio Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.
EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas, irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por

La Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristobal de Castro.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

(*) Las obras señaladas con asteriscos ya han sido publicadas.

PURIFICACION

NOVELA CÍNICA Y PICARESCA DE
LOS TIEMPOS DEL ABSOLUTISMO

POR

DIEGO SAN JOSÉ

A ANDRÉS GONZALEZ BLANCO, que añora aquellos divinos tiempos en que el Santo Oficio tostaba los libros de los ingenios profanos...

I

Luego de la cena de Su Majestad, gastronómica y necesaria función que en todo tiempo acontecía entre nueve y nueve y media de la noche, retirábanse la reina y los infantes y quedaban solos los íntimos del monarca.

La camarilla; el verdadero gobierno, que por el entonces los desdichados destinos de Iberia regíanse de sobremesa, burla burlando y entre los horrores de la digestión.

Desde que el señor Don Fernando VII, rey de España y emperador de las Indias por la gracia de Dios, ocupara el solio de sus abuelos, había perdido mucho terreno la etiqueta palaciega.

Los viejos servidores que desde la época de Carlos III asistían en la casa lamentábanse profundamente.

Los usos y costumbres habían dado una vuelta tan notable, que

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

no los conociera el augusto señor si levantara la cabeza en su tumba de El Escorial.

Aquella tiesura y severidad en las ceremonias palatinas desaparecieron como ridículas antiguallas. Apenas si fuera de las inamovibles fiestas de rigor, como los días de santo, la Cuaresma, Año Nuevo, aparecía la pompa grave y tradicional de la corte de España.

Ya el rey no comía solo, en público, con el aparatoso ceremonial de llevarse custodiados los platos y doblando los criados la rodilla en tierra a tiempo de servirle.

No probaba antes un gentilhombre la vianda, ni el médico de guardia ejercía su censura entre el apetito de Su Majestad y la ciencia del jefe de cocina.

Ahora comía la real familia en la misma mesa, y aun se acompañaba de los palaciegos de servicio, el jefe de parada y algún magnate que era favorecido por el monarca.

Tal costumbre trajo don Fernando cuando tornó de Francia.

No hiciere menos un ciudadano cualquiera.

Además, aquellos próceres linajudos, mayorazgos de principales casas que eran la espumilla de la grandeza española, aquellos magnates encopetados, representantes de extranjeras monarquías, estaban poco menos que desterrados de nuestro regio alcázar, y en cambio veíase ocupar sus puestos a gente humilde.

Los discreteos almibarados y conceptuosos del siglo anterior, aquellos mismos que oyeron y dijeron los Austrias, aprendidos en la corte exquisita de sus poetas, fueron espantados por las voces de la calle y los dichos del vulgo chocarrero y mal oliente.

La tertulia del rey ya no era cortesana, ahora tenía ribetes tabernarios, restallaban en el ambiente como trallas de carretero, las palabras soeces, se traían a cuento capítulos de manfla, contábanse chascarrillos fuertes como el tabaco de Gibraltar, recogidos entre la flor de la majeza y olía a tabaco mal quemado.

La concurrencia no podía ser más digna de un soberano, un esportillero, un aguador, un sinvergüenza con honores de capitán de guardias y un representante extranjero con más viveza y pillería que diplomacia, un clérigo de manga ancha y vida nada ejemplar.

Tales eran Ugarte, Chamorro, Paquito Córdoba, el embajador de Rusia, Tatistcheff y don Víctor Sáez, confesor de Su Majestad.

Como ya se ha dicho, más que un monarca y sus cortesanos, eran un grupo de camaradas, que hablaban franca y nada limpiamente de su vida y milagros.

Allá salían aventuras, honras y deshonras en montón, y entre unas y otras tratábase de poner medias suelas al gobierno de España, de aquella manera que por el entonces era costumbre, desencadenando venganzas y encadenando ciudadanos.

Chamorro, soltaba el caño de sus burlas groseras y zafias, que para él había cambiado poco la vida; sólo dejar los cántaros en la fuente del Berro y subir un punto más que a ministro de la corona, pues en más fueron tenidos sus consejos que los del mismo don Tadeo Calomarde.

Paquito Córdoba (duque de Alagón), que ya en tiempos de los dos Carlos brujuleó en el alcázar, ocupándose más de escarceos galantes que de los menesteres de su cargo, iniciaba al rey en los amores fáciles dentro y fuera de palacio.

Don Victor Damián Sáez, confesor del monarca y ministro de Estado, escuchaba todo, y dándolas de pícaro solapado que peca a hurtadillas, refería en voz baja sus capítulos correspondientes.

Don Juan Escoiquiz escuchaba hipócritamente, sin permitirse más intervención que la de sonreir a cada frase del monarca, mientras jugueteaba con las manos haciéndose crujir las falanjes de los dedos.

Más de dos años había que las Parcas fueron servidas de llevarse a sus tenebrosos lares lo mejor de la tertulia, el infante don Antonio Pascual; pero no habíase olvidado su memoria, que con harta frecuencia era traído a cuento, y aun alguna noche, antes de retirarse la camarilla, rezóse una parte de rosario por su alma. ¡Dios le tenga donde más convenga a entrambos!

Sonando las once en el reloj del alcázar, levantábase el rey de su asiento y daba la velada por concluída.

—Ya se dió expansión al cuerpo—decía don Victor—, preparémosle ahora la paz espiritual, y encaminábanse todos a la alcoba del rey; el mismo capellán destapábala y bendecíala luego con mucha devoción.

Diez minutos más tarde, quedaban solos Fernando, el duque y *Chamorro*.

Sáez ibase de picos pardos.

El canónigo de Zaragoza a urdir sus intrigas, a perderse en el pecado mortal.

II

Poco después dos embozados embocaban en la calle saliendo por el Arco de la Armería, perdiéndose en la tiniebla de las tortuosas callejas.

Eran Fernando VII y su capitán de guardias.

Nadie, viéndoles tan de rompe y rasga, acertaría a descubrir la calidad de sus personas, y aún menos si tomárase la molestia de seguirles hasta el punto donde dirigían sus pasos...

La noche en que se comienza esta narración era una apacible del mes de Setiembre de 1820. Apenas si en todo el camino que llevaban encontrábase alguien. Sólo al desembocar en una plaza topáronse con los hermanos del *Pecado Mortal*, que monótona y lúgubremente cantaban en letanía:

Cesa en tu loca carrera,
alma que en pecado estás,
ve que a condenarte vas.

—

Cuántos sin temor de Dios,
que hacia placer van andando,
les va la muerte empujando.

—

Ved pecadores impíos
que hacia el gozar vais contentos
que pisáis los Sacramentos.

—

Que la hermosura terrena,
la juventud y el poder
polvo y lodo habrán de ser.

—

A la mujer más hermosa
el tiempo en fea convierte
y en monstruo horrible la muerte.

El comentario del rey, a pesar de su *ejemplar* devoción no fué nada piadoso, sino mas digno de la volteriana ironía del abate Marchena.

Echarón amo y señor por otra calle para librar el encuentro, aunque no había miedo de que pudiéranles reconocer por la indumentaria.

—¿No haremos esta noche el viaje en balde?—preguntó el monarca.

—Pienso que no,—respondió el duque—. Demás que ya sabe Pepa que no somos gente de aguante y que Vuestra Majestad, así como sabe corresponder cuando se le sirve a medida de su gusto, sabe sentar la mano cuando se le deja descontento.

—Así es, pero apea el tratamiento, que las paredes oyen.

Y de aquí adelante ya continuó el diálogo como sostenido por dos camaradas de la misma clase y condición.

—La niña es una perla.

—Engarzada en oro.

—La maja más maja de Maravillas la dicen. Ahora que un poco apegada a su casa y nada amiga de trapicheos.

—Vamos, honrada a carta cabal, en el sentido acomodaticio que la mujer española entiende la honra. Pues mira qué falta le pones.

—Yo creo que en cuanto se vea delante de vos, si hasta ahora se ha sostenido será plaza que se desmorone hasta los cimientos.

—Pero, ¿tú curaste de halagar al marido dándole la obra de vidriería en el Alcázar?

—Mas él dió en no darse por enterado; entiendo que es demasiado lince, y ha comprendido que no son sus méritos quienes le llevaban a tal merced, sino el palmito de su costilla y así se ha *repuchado*, que dice la majeza.

—¡Bah!, el marido es lo de menos.

—Una deportación a tiempo en caso extremo quita el peligro.

—En fin, yo confío en Pepilla la *Malagueña*, que es un lince para estos menesteres y da quince y raya a cuantas zurcidoras de voluntades hubo en el mundo desde los lejanos tiempos de Celestina.

—¡Ay, hojalatera de la calle Ancha!, que te he de poner la mejor joyería de la Corte.

Y más que contento, ante el bien que ya juzgaba gozado, el rey manolo, creyó humano mostrar interés por los negocios del prójimo y preguntó a Córdoba:

—Y bien, ¿cómo va tu idilio con la *perfecta casada?*

—Eso, ya marcha a impulsos de la fuerza adquirida; sólo hay un contrariedad, que la comisión del marido está para terminarse y de aquí a tres meses, tendremos el disgusto de vernos.

—Si no me trajese pliegos tan importantes del virrey del Perú te le tendría por allí otros très años, pero tu sabes muy bien que ahora no es posible. Es menester que vuelva.

—Pues sea en buen hora.

—En cumpliendo conmigo, te lo dejo en completa libertad. Atate bien los calzones, porque tengo entendido que es de los que se van a bulto.

Y refrendó la frase con una sonora carcajada.

En esto llegaron al término de su viaje, que era un callejón intrincado cerca de Santo Domingo el Real.

El duque repicó silenciosamente la aldaba y de allí a poco espacio se abrió el postigo por obra y gracia de las sarmentosas manos de una vieja tullida que les saludó muy ceremoniosa.

De las tinieblas del portal salía el eco rasgueado de una guitarra bien tañida y la cadente armonía de una copla andaluza.

—La propia Pepilla—dijo el *Deseado*, cuando en el portal—, ¡Qué pico de oro tiene la indina!..

II

Pepa la *Malagueña* con sus cuarenta y pico de años, aun era una real moza y más de cuatro galanes andaban a su retortero hechos niños de la Doctrina, pero ella ateniase al cuido de su menester y nada se le daba de ternezas y madrigales.

En sus verdores fué maja de rumbo de las más majas que alegraron los sotos de la Villa en días de bureo, y muy bizarros partidos tuvo siempre a su mandar.

Mas no fué de estas manirrotas que no piensan en el mañana, atendiendo solo a los gustos del presente, pues mirando que con la juventud se va la alegría y empiezan los cuidados, guardó muy buenos ahorros y con ellos puso una muy gentil *casa de conversación*, que a diario era favorecida por muy buena gente.

Pillaba cerca de todas partes, porque estaba en el corazón de los mejores barrios y así a todas horas veíase favorecida.

La parroquia, como hase visto por los dos personajes con quien hemos venido entretenidos hasta la misma puerta, era de lo espumado y escogido entre la gente cortesana. Mas no se piense que por ella se desdeñara a la gente plebeya como trajera el riñón bien cubierto, que todos eran bien recibidos, como acontece de los bienaventurados que se asientan a la diestra de Dios Padre; todos son admitidos, como lleven repleto en la misma medida el saco de las virtudes.

Nunca dieron allí quehacer codicias de alguaciles ni rapacidades de escribanos, que el respeto del pabellón, como suele decirse, amparaba la mercancía

Apenas Fernando y el duque embocaron en la casa, tomando posición en una salita coquetona de la planta baja, que acaso en muchas mansiones grandes no se tomaran otras mejor dispuestas, exclamó Pepilla sin esperar a ser preguntada:

—No sabéis ustedes, majestad, el disgusto tan grande que tengo.

—¿Pues, qué pasa?—inquirió el *Deseado*.

Y respondió la *Malagueña* siempre con su pintoresco estilo que no había podido abandonar llevando como llevaba tantos años en la Corte:

—Esa pajolera niña, asaúra esaboría, que dice que aquí no se le ha perdío ná. Y no hay rey ni Roque, que le haga salir de su paso.

Grande contrariedad produjo al monarca la noticia, que ya tenía hecho el ánimo a gustar el apetitoso regalo.

—Pues, ¿no me aseguraste ayer—exclamó éste—que era cosa hecha?

—Y bien lo podía decir fiada en mi esperiencia de estas cosas, pues que muy duras frutas se han madurado al soplo de mis palabras, pero por esta vez señor, habemos dao con una mujer cabal. Y que esta peña no es de las que se dejan quebrantar por las dádivas. Con aquella alhajilla la quise dar dentera, y bien puedo jurar que a no ser yo lo bien templá que sabeis ustedes, Pepa la Malagueña sale haciendo tú como el gato.

—Pues mira tú, como ya se me ha puesto a mí, el capricho entre ceja y ceja, yo he de estar a solas con esa mujer o no soy quien soy.

—Puede que en viéndose delante de V. M, mude de opinión, pero aquí el busilis está en buscar el medio de que se vea.

—Se hallará.

—Y yo lo celebraré, Qué tengo que hacer?

—Nada, pues que veo que para los casos de empeño no sirves. Estás aún muy vistosa para servir a nadie. No tienes todavía la trastienda y habilidad que requiere el oficio. Seguramente que *Chamorro* lo hará mejor que tú.

Mucho sintiose del vejamen la hermosa pécora y mordiéndose los labios y recomiéndose la sangre le pasó aunque mal por venir de quien venía que de otro alguno no lo hubiera consentido y respondió:

—De otra boca quisiera yo oir ese desafuero y no de la que viene, que ya le respondería tan en regla que se diera por escarmentado, pero sepa señor, que con nadie lo supe hacer tan bien y con tanta diplomacia en todos los días de mi vida, como con la dicha hojalatera, sinó que es una cabra montuna, incapaz de tratar con gente, pero aun no me doy por vencida.

—Pues, date, y no te fuerces en cocear contra el aguijón, que todo será echarlo a perder.

Y dicho esto, levantábanse el monarca y el duque.

Pepa, quería desenojar al monarca y así prosiguió viendo que se le alzaba la caza.

—Advierto, que no se ha terminado la casta de las buenas mozas en esa incivil, que hoy tengo aquí quien la puede dar muchas vueltas.

Y decía verdad, porque en aquél instante había tres buenas mozas de rompe y rasga, de bravía belleza, que no hubieran desdeñado el echar un rato de palique y bulla con cualquiera, cuanto más con Fernando, que era el ídolo de la majeza. A fé que las *Manchegas*, *El Zorongo* y *La Cachucha* bailabanse allí tan bien como pudiera en el más alborotado patio de Maravillas.

En aquel preciso momento alzóse tal marimorena de voces que se hundía la casa.

Las mujeres chillaban como si estuviesen en trance de muerte y los hombres juraban y maldecían con tal fuero que no parecía sinó que todos se iban a hacer pedazos.

De pronto embocó en la saleta una espléndida hembra toda desmelenada, llevando la angustia pintada en el rostro.

—Por Dios, señá Pepa, sálveme usted que ese Caifás quiere matarme, y esta noche va de veras. Mire (y mostraba un brazo manando sangre por una larga herida.)

No dió lugar a más porque seguidamente se oyó en el pasillo la voz hombruna e irascible que decía:

—Ven aquí, pécora de Barrabás, que tengo que picarte para los perros. De esta hecha no lo contamos ninguno, porque de aquí salimos tú para el cementerio y yo para el palo del puente de Toledo.

Y Fernando que de suyo era valiente y arrojado dijo a la Malagueña.

—Cierra la puerta.

Obedeció la mujer, y mucho fué que le diese tiempo porque el iracúndo veníase encima como una tromba.

—Sinvergüenza, malnacido, rufián—gemía la perseguida—que no vale que le esté manteniendo a cuerpo de rey y todavía tiene la desfachatez de pasearme las mujeres por las narices...,

Fuera vociferaba el guapo, amenazando con no dejar cosa a vida y mascarle los hígados al señorito que estaba con ella,..

IV

Aquella noche, fué mala para aventuras.

Ya de regreso amo y señor, topáronse en los altos de Santo Domingo con una ronda que les echó el alto. Ellos por no descubrirse

apretaron el paso, procurando remitirse a la ligereza de los pies, pero dos de los corchetes más ágiles que corrían como gamos, dieron tras ellos, y con la ayuda de dos razonables pistolas, hiciéronles bajar los embozos de las capas.

La sorpresa de los infelices ministriles asi como se vieron ante quien menos podían esperar, no es para descrita, y mucho fué que la misma sorpresa no les obligase a dar calle abajo sin determinarse a parar hasta las mismas zahurdas de Plutón.

Pero Fernando era generoso y magnánimo, y solo se contentó con deportar a los infelices para que no fuesen elocuentes pregones de la vida y milagros de su católica Majestad...

—Buena está la noche, ¡por mi vida!—dijo el duque.

—Estamos haciendo el ridículo como paletos, que quieren divertirse una noche en Madrid y no hacen más de ser la risión de todos, porque la Malagueña se nos ha burlado lindamente y se nos queda con las onzas, pero déjala, que como dicen los muchachos, si no llueve hoy granizará mañana y puede que la sorprenda a campo raso.

***

En tanto que el *Deseado* Monarca andaba buscando fuera de palacio jornadas más o menos galantes, aconteciólе para disturbio de su tranquilidad que el enemigo de la cizaña encarnado en el feble cuerpo del infante don Carlos, metióse en su cámara y dió noticia de ello a la reina Isabel.

—Ahi tienes los árduos negocios en que se emplea tú marido cada noche para respeto tuyo y decoro del Estado, y en tanto estén a su alrededor ese *Chamorro* y el tal Cordovita, no esperes que el hombre haga cosa de más provecho.

La soberana sintióse tan agudamente picada por el aguijón de los celos, como pudiera la mujer más vulgar y falto de aquella mesura y circunspección que han de tener las que están puestas en el estrado de más alta jerarquía, y asi no dejó de discurrir y portarse como ellas.

Primero se exasperó y alborotó lindamente jurando a su regio cuñado que como la acusación fuese falsa habría de esperimentar el triple de su iracúndia. Luego llamó desesperadamente a la dama de guardia y tomando un manto salió de sus habitaciones y echó escaleras abajo. Obligó al infante a que la acompañara a la secretaría de Hacienda, que era donde su esposo había dicho que hallaríase a tales horas.

Recorrió primero, y siempre seguida de don Carlos y la camarista, el cuarto del capitán de guardias, y no hallándole fuese directamente al dicho departamento.

Grande fué su desolación al no encontrar en él a su esposo, y en poco estuvo que perdiera el juicio de puro despecho.

—Vete -dijo a su cuñado—, ya no te he menester, he visto que

tus noticias eran ciertas; te felicito por tus condiciones de polizonte, para lo que resta me basto yo sola.

Cabizbajo y un tanto confuso fuese Su Alteza, pensando acaso que aquel oficio que por tan necesario diputaba Cervantes en toda república bien ordenada, no le estaba bien su empleo y comisión a ciertas jerarquías...

Doña Isabel, medio muerta de angustia y de celos, no halló otro sitio mejor para esperar a su marido que en el mismo zaguán de la plaza de la Armería, y allí aguantó a pie quieto, durante más de dos horas, las heladas caricias de Guadarrama, que con tanto rigor entraba sus vientos en la cortesana villa como si fueran por el entonces el crudo Enero.

No hay tenacidad y aguante como el de un alma celosa.

Ella esperará días enteros, sin hacer caso de lluvias ni ventiscas, hasta llegar al fin de sus sospechas, y no habrá razonamientos ni ruegos que le hagan apartarse un punto del plan que tenga formado, y así para nada se cuidaba la reina de las prudentes advertencias de su camarista.

—Ved, señora—decía la tal—, que se enojará mucho el rey cuando nos vea.

—Pues, ¿acaso yo estoy bailando?

—Advierta Vuestra Majestad que esto no es propio del decoro de una reina, denigra mucho su decoro.

—Sí, sí; háblale tú al corazón, cuando está celoso, de dignidades ni categorías, verás lo que te contesta.

—Vuestra Majestad es...

—Yo no soy más que una mujer celosa que acecha las infamias de su marido; si yo fuera reina, como dices, mandaría ahorcar a todas las mujeres hermosas...

—Señora... las de cierta clase nada más.

—Las de todas, y así no habría peligro,—y queriendo humillar un poco la vanidad de la dama que se había colocado, sin el auxilio de nadie, en el círculo de las bellas continuó—, pero tú no pases cuidado, donde no hay delito, nunca puede haber castigo.

La zaherida cogió en silencio el vejámen y ya no desplegó los labios en todo el tiempo que duró la espera.

Cobijada en el quicio de la puerta, clavaba sus grandes ojos en la espesa tiniebla que tenía delante y parecía querer llegar con la luz de sus pupilas hasta los confines de la eternidad. Cada tañido que marcaba una hora, era como una gota de fuego que caía sobre su atormentado corazón...

***

Por fin llegó el esperado,

Muy tranquilos iban el Alagón y *Chamorro*, que poco antes le salió al encuentro, cuando de la oscuridad vieron venir hacia ellos una sombra, pero no hubieron tiempo para rehacerse ni formar juicio

alguno, porque la sombra, desembozando rápidamente al rey, habló en seguida, y habló con todo el encono y atropello de una mujer agraviada.

En los primeros instantes no determinábase Fernando a creer lo que veían sus ojos, parecíale mentira que aquella fuese una reina, porque se explicaba con la misma desenvoltura y desparpajo que una maja de rumbo.

A las voces y á los denuestos, siguieron los suspiros y las lágrimas, y este fué el momento en que el monarca pudo hablar, porque hasta entonces no hubo forma.

—Señora—dijo Fernando—, vengo de donde me place, y en este lugar pierde usted todo derecho para interrogarme, yo en todas partes soy el rey y usted aquí no es más que una mujer cualquiera, a la que si tratara como se merece, haría que la guardia arrojase a puntapiés... En cuanto al leal servidor o querido deudo que nos ha puesto a entrambos en este trance ridículo, ya le buscaré y le pagaré largamente el servicio, yo le fío que no le quedarán ganas para repetir la suerte...

Cuando poco después llegó a su conocimiento quien fué el *soplón*, dicen que buscó a su hermano, y tales cosas se dijeron, que gracias a la prudente intervención de la mujer de éste, la infanta doña Francisca, no llegaron a las manos, y fué cosa muy lamentable esta intervención, porque si entrambos hubiéranse hecho pedazos, ganara mucho la nación española, que sufría el peso de aquellas dos calamidades,

V

A la mañana siguiente muy temprano, recibió Alagón un billete.

En el sobrescrito conoció que era de su imperfecta casada, y antes de abrirle le dió tufo de que aquella misiva no era para decirle ternezas ni hacerle protestas de amor como tantas otras de la misma mano.

Rompió el sello y hallóse que el pliego decía lacónicamente:

«Ven en seguida; hay grandes novedades y no buenas; acabo de recibir carta de mi marido...»

Muy poca gracia hízole al capitán de guardias la cartita, y tomando sombrero y capa fuese a obedecer el mandato; si encaminárase a algún lance en que peligraran su honor y su vida no fuera de tan mala gana.

Al tomar la escalera hallóse con *Chamorro*, que grotesca y regocijadamente le refirió la ejemplarísima escena que acababa de acontecer entre los dos augustos hermanos.

Pero Córdoba no estaba para escuchar historias, pues harto tenía con la que le estaba tejiendo el destino, y en dos zancadas estuvo en la calle, desde donde a pie, por ahorrarse testigos, encaminóse a la mansión de su *amor* vedado...

Doña Purificación de los Santos la llamaremos, por decirla de alguna manera, aunque otro era su nombre, pero no es bien dar el verdadero de una persona cuando no es ciertamente para hacer su laudo y panegírico; por otra parte, el de doña Purificación no le va mal, es *bonito*, es eufónico, grato a los labios que lo pronuncian y a los oídos que le oyen, y responde muy paradójicamente a la índole desta narración que traigo entre los puntos de la pluma.

Ella era una bizarra dama, como de veintiocho a treinta años, que para tormento de su carne joven y fastidio de su buen gusto, la codicia de unos padres más atentos al brillo del oro que a la felicidad, la casaron con un viejo aristócrata, lleno de honores y cargado de alifafes.

Consintió la dama en la venta (que no me atrevo a llamarla matrimonio) y embocó con el viejo por palabras de presente como manda la Santa Madre Iglesia, pero a los dos meses ya estaba la casadilla pidiendo a Dios que fuera servido de hacerla vestir tocas de viuda.

El Supremo Hacedor, en atención a lo devota que era, quiso favorecerla, pero no con la crueldad definitiva que ella pedía.

Compuso los engranajes de la complicada máquina de la política española de manera, que el señor marqués de Santa Eulalia y conde de la Olivera fuese destinado con una misión especial al virreinato del Perú...

Paquito Córdoba, aunque a la sazón ya era gallo con espolones, alcanzó tan deleitosa merced como la de lograr el corazón de la apetecible dama, no sé ni hace al caso por qué jornadas, ni es cosa que importa, pues estos fines, como todos son lo mismo, poco da el proceso de ellos.

A la malmaridada parece que la iba bien, pues que llegó a ver que en el matrimonio había pasajes deleitosos que para ella estaban velados muy espesamente, y así lo que comenzó por aventura, de allí a poco finó por ser cosa muy parecida al cariño. De la misma suerte le aconteció a su excelencia y hubiéranse holgado mucho de ser entrambos libres, para dar cara a la vida con su pasión.

No tardó en enterarse el monarca. Como Fernando tenía alma gallofa, abonada para toda bellaquería, hízole notable gracia aquel capítulo de su capitán y amigo y así dióle no pocas bromas, y una vez conocida la hembra diputole por hombre de buen gusto

VI

Cuando el galán entró en la estancia de su dama, halló a ésta muy patitendida y cavilosa en un lindo *canapé*, colocado en el hueco de un balcón que daba a la melancólica plaza que llaman de las Comendadoras de Santiago

Como siempre, entró por un postigüillo oculto, su presencia no fué admitida por otro fámulo que una doncellita amaestrada a cambio de que su señora le consintiese sostener dentro de la misma casa relaciones con un apuesto cabo de la guardia real.

Apenas la mal casadilla viera entrar al *doncel*, preguntó, sin dar lugar al saludo, ni a que se llegase a ella:

—¿Recibiste el billete?

—Pues, que vengo, es llano—respondió el duque. Y prosiguió—: ¿y cuales son esas nuevas?

—A que—replicó cinicamente la preguntada.

—Pues que se nos ha pasado el Carnaval y nos llega la Cuaresma. Tu legítimo rival y dueño mío el Marqués, se acerca a toda prisa como si en lugar de en un galeón, viniese en el nuevo barco de vapor, y es necesario poner algún remedio, ver lo que se hace, porque aunque viejo, ya te he dicho que no es hombre que aguante infamias. La carta que de él recibí anoche, dice que estará aquí dentro de mes y medio.

Alagón oía, sin decir palabra de su parte; allá en su fondo, maldecía de la dama y de la hora en que le pareció bien y la apuntó a su cargo.

—A ver—continuaba ella—, tú eres el hombre y tú has de despejar la situación, porque yo, en sacándome del oficio en que te he servido, para todo lo demás soy muy poca cosa, y como me vea apretada, puesta a perder, no te pienses que te quedas en salvo.

Tan desenfadadas razones, saliendo de boca tan linda como la suya, dábanle todo el aspecto de una guapa maja de rumbo; mirábala el duque, para responderla no nada blando, pero como se hallaba con sus ojos, caíansele todas las iracundias y no era hombre más que para tomarle la hermosa cabeza, digna de ser trasladada a un lienzo por el mágico pincel de don Francisco de Goya, y comérsela a besos.

Porque doña Purificación, estaba bizarra a todo trapo.

A buen seguro que el maravilloso creador de la *Maja desnuda*, habríala retratado de pié, tocada con mantilla negra, corpiño de seda trenzado con amplias cintas finadas en cabos de oro, basquiña amplia de color naranja, zapaticos de charol y media blanca hecha con la mejor y más lustrosa seda que dá Valencia. Un magnífico prendido de claveles adornaría su espléndido seno y en la diestra estaría dispuesto a resguardar el resplandor de sus ojos, afiligranado abanico de Carey. Al fondo veríase San Antonio de la Florida, o las verdes riberas del Manzanares...

Dignamente podría figurar la joya pictórica al lado de sus hermanas, que son escabel firmísimo de la gloria imperecedera del artista, *La Tirana*, *La duquesa de Alba* y *La Librera* de la calle de Carretas.

Mil industrias acordaron y revolvieron los amantes, y todas eran desechadas apenas si caíanles del magín a los labios.

Aunque con sus puntas y collares de bellacos, eran personas de bien, no pensaron en ninguna de las malas artes de Celestina, para deshacer la simiente.

Harto ya Córdoba de huronear tan inútilmente por los solitarios desmanes de su magín, dijo que, pues que el peligro no era tan próximo, dejárale la bella todo aquel. para discurrir a solas con más so-

siego, pero que ella por su parte tampocó le dejara del pensamiento que destos casos saben hasta que salen, con más tranquilidad las mujeres.

VII

Aquel día, empezó mal para los dos inseparables camaradas, Paquito Córdoba y Fernandó de Borbón; el primero tuvo el desagradable despertar que se ha visto con la carta de su martelo.

El segundo, abrió los ojos con las reliquias de la noche anterior, el fracaso concupiscente en casa de Pepa la *Malagueña*, y el paso ridículo matrimonial en las puertas del Alcázar.

Quiso quitarse el amargor, y tomando a *Chamorro* por compañero, salióse con él por los jardines del Campo del Moro. No había persona con quien mejor se compenetrara. Mirados alma adentro eran tan iguales, que fuera difícil decir cuál de ellos llevó el cántaro a cuestas, y quién traía en la mano, aunque indignamente, los destinos de España.

A media mañana, tomaron la vuelta del paseo, y el ídolo de barro, jugando a las monarquías, se dispuso a aburrirse en las audiencias.

A él todas le parecían lo mismo, en no siendo las del jefe político dándole cuenta de las últimas delaciones, que habrían de acabar con función de cuelga en la plaza de la Cebada o en la Puerta de Toledo.

Las necesidades del pueblo, eran cosa que no le quitaban el sueño ni restábanle un adarme del apetito, de modo que las escuchaba moviendo la cabeza como un muñeco mecánico y saboreando un rico veguero de la Vuelta Abajo.

***

Antes de que su amo quedara solo, *Chamarro* atisbó la clase de gente que esperaba la honra de ser recibida por Su Majestad.

Poco más o menos la de todos los días.

A buen seguro que salvo las personas, los motivos que cada cual traía eran los mismos que los de la audiencia anterior y serían las venideras.

Más entre todos descollaba una bizarra mujer de gallardísima presencia. Vestía de luto; la mantilla graciosamente prendida no dejaba contemplar su rostro, que en el instante de entrar *Chamorro* en la

Alagón y el ministro confesor don Victor Damián Sáez, despedíanse a las once de una cruda noche del mes de Enero, luego de que el clérigo dejó bendecido el lecho regio para que descansara S. M. más cristianamente sin miedo a las tentaciones del enemigo malo.

—Sencillísimo—decía el capellán disponiéndose a salir—. Déjelo usted de mi cuenta, que me pinto solo para estos casos, y de aquí a diez meses yo le fío que tiene su merced honra y pundonor para poner un puesto en el mercado de la Cebada.

Y riendo estrepitosamente salió su reverencia del regio alcazar en busca de sus nocturnas correrías.

Volvió Alagón cerca del rey, y de allí a poco salían la inseparable pareja, al mismo piadoso menester que el excelentísimo señor ministro de Estado y capellán don Victor Damián Sáez.

VII

En el siguiente día muy de mañana paró un coche con las cortinillas corridas ante la casa de doña Purificación de los Santos.

La gente madrugadora quedó un poco consternada.

Del pesado armatoste apeáronse tres señores enlutados.

Presto les hizo paso el portero así como se dieron a conocer, y en cuanto quedó solo entróse en su aposento a encender una vela al Santísimo para que le sacara con bien del nublado que veía venirse sobre su cabeza, porque pensaba que de aquellas visitas a la señora habrían de alcanzarle a él algunas salpicaduras por ser fámulo suyo.

Llegaron al piso, y uno de los enlutados dió quedamente tres golpes de aldabilla.

Por la reja de la puerta preguntó una criada, y quedó como de yeso al oir que la Santa Inquisición.

Abrió en seguida y embocaron los tres individuos en una saleta; presentóse en seguida su merced, y el que parecía de más autoridad, saludóla muy ceremoniosamente, no como solía ser costumbre con los reos ordinarios, y preguntóla:

—¿Habló usted con el señor duque?

—Sí—respondió aquélla.

—¿Luego está usted dispuesta a saguirnos sin recelo alguno?—continuó aquel.

—¿No es cosa convenida? ¿De qué puedo tenerle?—tornó a replicar la dama,

—Pues entonces, tenga usted la bondad de aceptar mi brazo.

Obedeció doña Purificación, y de allí a poco entraban en el coche.

Asombrados y llenos de terror mirábanla marchar los vecinos, y quedaron luego formando mil leyendas.

Unos veíanla ser de allí poco fogarata en la cruz del Quemadero, y los más optimistas enterrada de por vida en lóbrega mazmorra de la cárcel de la Inquisición; mas ciertamente que la tranquilidad y sosiego con que ella iba no acusaban temores tan lúgubres..,

En breve espacio llegó la carretela a la calle de la Inquisición y paróse ante el edificio que servía de albergue al terrible tribunal.

Descendió la señora con la misma cortesanía de parte de los familiares, y entró inmediatamente en la celda que teníasele prevenida.

En verdad que no era ninguno de aquellos hórridos calabozos en que pudríanse los infelices que habían la desgracia de no parecer lo suficientemente católicos a los ojos de los príncipes de la Iglesia.

Erase una estancia instalada en el piso primero, muy confortablemente puesta; a bien que doña Purificactón no echara de menos en ella ninguna de las comodidades de que disfrutaba en su misma casa, y aun había para su servicio una pulquérrima doncella, nada esquiva ni desagradable, sino que le adivinaba las cosas antes de mandarlas.

Despidióse el familiar galante, no sin reiterarle primero que allí no tenia cosa que temer, y que estaría tan bien atendida y agasajada que no echara de ver la diligencia de sus servidores.

Agradeció mucho la promesa, y no quiso saber más de si el duque iría a visitarla diariamente.

Dijéronla que sí y quedó muy conforme, tanto que pidió que la sirvieran en seguida chocolate, con yema y bollos de los reverendos padres de Jesús, pues con aquella premura y ajetreo no había tenido tiempo de desayunarse en su casa.

IX

Tornó la tranquilidad a los inquietos espíritus, y ya no hubo cosa que temer ni por qué preocuparse.

Córdoba frotábase las manos lleno de satisfacción, don Victor Sáez guiñaba picarescamente un ojo, como diciendo:

«Hasta en el infierno hay trampas para subir a la gloria...»

El rey se reía estrepitosamente, como cuando veía a *Guzmán* en

el Teatro del Príncipe, y doña Purificación seguía cada vez más guapa y más desaprensiva.

Harto aburridas hacíansele las horas en su cómodo y voluntario encierro; pero considerando que todo era para su bien y tranquilidad, sabía llevarlo con paciencia, y aun a las veces para dar gracias a Dios por su buena suerte, entretenía las tardes en la lectura de obras piadosas y ejercicios de devoción, y algunos otros momentos, como no era nada lerda ni zafia, entreteníase en componer algunos opúsculos, tratados para las damas y poesías a diversos asuntos y de varios estilos, así jocosos y un tanto subidos de tono, como piadosos que elevaban el alma en profunda meditación.

Porque se vea de qué naturaleza acontecían ser las gorjas de ingenio, quiero trasladar como muestra una regocijada oración que hizo a San Antonio, porque decía que dábale muy grande pena de las muchas solteras.

Teniendo la autora clara y angustiosa certeza de lo triste que es vivir sin amores, compuso esta plegaria al Santo patrón de las niñas sin novio. Récenla las solteras sin martelo cada noche y verán que es milagrosa.

Copiado a la letra, dice desta suerte:

Las que solteras están
y padezcan el rigor
de no tener un galán
siendo simiente de amor,
recen esto con fervor
y a fé que le encontrarán.

——

¡Oh, bendito San Antonio
oye mi oración sincera:
apártame del Demonio
y no me dejes soltera,
que es una muerte muy fiera
el morir sin matrimonio.

——

No consientas, Santo mío
que llegue al cabo el estío
sin darle a mi padre un yerno,
pues por Dios! que yo te fío
que me matarán de frío
las crudas noches de invierno.

——

Demás, que yo soy medrosa
y temo que me daría
algún mal de alferecía
u otra desgraciada cosa
si una noche tormentosa
me hallara sin compañía.

——

Bien sé que no te importuno
con tamaña petición,
ni te doy agravio alguno
porque te ruegue un varón,

pues, les habiendo en legión
no te pido más de uno.

——

Uno que no venga a ser
necio que me pueda dar
abstinencias de querer,
y motivos para odiar
sino quien sepa entender
el arte bello de amar.

——

Confío pues, ¡oh glorioso
Santo de mi devoción,
en que por tu intercesión,
podré lograr un esposo
que tendrá un solio ostentoso
dentro de mi corazón.

——

¡Acoge bien San Antonio
esta plegaria sincera
y no me dés más dentera.
pues que te doy testimonio
de que se reirá el demonio
si me dejases soltera!...

***

De esta suerte ahuyentaba el aburrimiento y aún parece que inspirada por las tales lecturas, divina y humana; compuso ella algunas obras muy dignas de no caer, como han caído, en las tinieblas de lo ignorado.

***

A la gente ajena a estas intrigas *cortesanas* y palaciegas, no podía extrañarles mucho ni poco el que dama tan encopetada, pasase en un día desde la comodidad y lujo de su palacio a las cárceles del Santo Oficio, pues que a diario veía centenares de casos.

El señor don Fernando VII, era monarca que gustaba mucho de la tiranía y pensaba que para combatir las opiniones y tener a raya a los enemigos del régimen, no había cosa como asentarles la mano con dureza, y para Su Majestad, no existía la enemiga política, sinó

la personal. Por eso declaraba como tales a los mismos ministros de su corona que resistíanse siquier fuera débilmente a autorizar algún absurdo disparate o infame venganza cocida en la dura mollera y empedernido corazón del hijo de Carlos IV.

¿Cómo podía causar extrañeza la prisión de la dama sabiendo que el terrible tribunal había ofrecido sus servicios al rey para atormentar y destruír a los que él distinguiese con su odio?

La más leve sospecha bastaba, para que los bárbaros sicarios del absolutismo, sumiesen a los indefensos ciudadanos en las lóbregas mazmorras inquisitoriales.

Como en los buenos tiempos del Santo Oficio, que desde el reinado del abúlico Fernando VI venía muy quebrantado, admitíanse todas las denuncias sin parar mientes en que pudieran formularlas el rencor, la envidia o la venganza; bastaba para hacerlas cualquiera persona, así un muchacho de pocos años, sin juicio ni discernimiento, como un lijado del sentido y la razón; no eran admitidos los testigos de descargo y tornó la tortura a ser azuzador que movía las lenguas más recias y despertaba a las memorias más dormidas.

No era menester más de denunciar que una persona tenía ideas liberales, para que los esbirros de la cruz se apoderasen de ella.

Nombrábanse luego dos agentes fiscales, uno militar y otro individuo del Santo Oficio, y cada uno de ellos comenzaba un expediente.

Terminadas las innumerables diligencias y las terribles torturas, arrinconábase al infeliz maltrecho, y no volvía a tener otra noticia del mundo exterior que la visita diaria del carcelero al llevarle cada día la inmunda bazofia que le preservaban de no morirse de hambre,

Un escritor contemporáneo dice:

«Tan cruel encierro que hacía amable la muerte, no tenía término preciso, y, sin duda alguna, hubiese cesado con la vida de las víctimas si la revolución del 1.º de Enero de 1820 no abriera las puertas de las cárceles y vuelto a la sociedad más de cuatrocientas personas que habían desaparecido de la capital de la monarquía, sin saber cómo.»

X

Es ley fatal del tiempo que todo llegue en este mundo, así las venturas como las desdichas, que el viejo Cronos entiende poco de orden y allá lo baraja todo como en caja de Pandora.

Así, pues, llegó el día en que calara en la Corte, de vuelta de su viaje diplomático, el prócer marido de doña Purificación, marqués de Santa Eulalia.

Es fama que venía el hombre lleno de ansiedad por ver, abrazar, besar, y... seguir adelante con su hermosa hembra. Desde que puso el pie en España, antojábansele más largas las jornadas que toda la travesía que trajera desde Indias.

Como dice el vulgo, no se le cocía el pan hasta ver logrado su

deseo, y así mermaba mucho las paradas de la posta en las ventas y paradores del camino.

A buen seguro que como chiquillo goloso, vendría relamiéndose y holgando por anticipado; pero en esto estaba su más grande desventura, porque la caída habría de ser más recia y dolida.

De piedra se quedó el hombre, cuando entró en la Corte, llegó a su mansión y la vió cerrada por el Santo Oficio.

Los fieles servidores diéronle cuenta de lo acaecido, y el hombre pensó morirse de dolor y de vergüenza.

La Inquisición en su casa, por rebeldía contra el dogma. Su mujer, la más *santa* de las mujeres, padeciendo por el extravío de un instante que acaso no premeditó, quién sabe qué funestas consecuencias.

Había que sobreponerse a todo y dar comienzo en seguida a las gestiones salvadoras.

***

Verdaderamente, daba compasión ver al pobre hidalgo lleno de años y de veneras, recorriendo covachuelas y casas de ministros, altas jerarquías de la Iglesia y magistrados del Santo Oficio, y aún parece que una de las influencias que solicitó como de más empeño, fué la del duque de Alagón.

Y en todas partes halló la misma respuesta:

Por nuestra parte, nada podemos hacer, sino rogar a Dios, que la dé ayuda en sus tribulaciones, que han de ser muchas, y a usted le otorgue paciencia para sobrellevar el golpe, que después de todo no ha de ser tan grande, pues ya no tiene el santo Tribunal aquella fuerza y energía de los tiempos pasados. Vea a Su Majestad, acaso él sea el único que puede hacer fuerza.

Y así anduvo de Herodes a Pilatos, paseando su angustia, sin conseguir cosa de provecho, ni aun conseguir ver a su oisio.

***

Fernando le recibió con aquella familiaridad plebeya que había por costumbre. Pidióle primeramente noticias de su viaje y luego, como cosa de poca importancia, le habló de su tragicomedia.

—Ya sé a lo que vienes. Me lo ha contado Córdoba. ¿Que te ha ocurrido con tu mujer? ¿Qué ha leído más de lo que debía? Eso es un pecado que se paga en este siglo.

—Señor—arguyó el hidalgo—, solamente el paternal corazón de Vuestra Majestad puede salvarla, que yo sé que si ella pecó fué inocentemente, bien sabe Vuestra Majestad lo curiosas que son las mujeres. Por seguro tengo que leyó sin saber lo que leía, y ni la más ligera huella de la lectura ha quedado en su cerebro, que es poco amigo de darse a la meditación.

—Dificilillo va a ser complacerte, pues sabes muy bien que la Inquisición actúa completamente de por sí, sin tutorías ni inspiraciones de nadie; allí no alcanza mi poder.

—Señor, por los servicios que tengo prestados al trono desde el reinado de vuestro augusto abuelo. Es la única gracia que he tenido el honor de pedir en tantos años.

—Imposible servirte en esta ocasión, y créete que lo siento.

—Al menos, señor, permitidme verla, que reciba el consuelo de mis palabras—se atrevió a rogar aún, y era a tiempo que de una estancia contigua salía el ministro de Estado, confesor de Fernando e inspirador de aquel capítulo picaresco, don Victor Damián Sáez, el cual respondió en tono afectuoso:

—Imposible, amigo mío, vuestra esposa ha de estar incomunicada hasta el fin del proceso: para que no estéis intranquilo, yo os adelanto que el castigo es benévolo, se reduce sólo a diez meses de encierro, durante los cuales oirá diariamente la palabra de Dios y practicará ejercicios piadosos que la purifiquen el alma y la limpien por entero del pecado en que incurrió. Es absolutamente preciso, el ejemplo tiene que venir de arriba. ¿Qué dirían luego las clases bajas si vieran que con las de alcurnia se alzaba la mano? El desprestigio y la inmoralidad harían su obra destructora y vergonzante. Esto no es cosa más que de un poco de tiempo, al cabo del cual habrá usted abrazado a su esposa, más pura y digna que fué hasta aquí, porque se la entraron los demonios en el cuerpo, y por milagro de nuestro santo ministerio la visitará un ángel...

En poco estuvo que el ladino Fernando no lo echara todo a perder, soltando una carcajada, al oir esta ironía de labios de su director espiritual y diplomático; mas pudo contenerse y al fin acabó la entrevista con marcharse el pobre esposo cabizbajo y mustio, aunque algo le consolaba el tener la certeza de que volvería a los brazos de su angelical Purificación...

XI

La perfecta casada continuaba en tanto en su cómodo encierro tan oronda y lucida como una abadesa, esperando el momento de salir de su cuidado, y tras ello, volver junto a su crédulo esposo, como la dama más honesta y purificada de toda la cristiandad, pues que el celo de la religión habríale limpiado del contagio de lecturas impías y perversas.

El buen hidalgo, como cristiano viejo, que cura antes de la salud del alma que de la del cuerpo, dedicóse también a los ejercicios devotos para desagraviar al Señor de la ofensa inferida.

Encargó novenas y trisagios, hizo peregrinaciones a los santuarios vecinos de la corte, como son Nuestra Señora de los Angeles, en Getafe; la Virgen del Val, en Alcalá de Henares.

Así estaba con él el clero que no sabía donde ponerle, y tanto le estimaban como al propio monarca, que en dándole la vena fanática casi dejaba tamaña la tiranía.

Cuando doña Purificación tuvo noticia de que su marido era llegado, y supo de las angustias que pasó para procurarle la libertad, no tenía carcajadas ni ironías bastantes para celebrarlo.

Eran cosa de ver las escenas entre ella y Paquito Córdoba.

***

Pasó el tiempo, según es orden natural.

Acaso por única vez conmovió la lóbrega mansión la voz dulce de un niño.

Era hermoso el hijo del pecado y nacía con ansias de vivir... La madre le estrechó contra su seno como si quisiera volverle dentro, ya que de allí adelante no habría de tornar a verle... y acaso fué entonces la primera vez de su vida que lloró por verdadero amor...

Con el niño en los brazos se quedó dormida...

Cuando despertó se halló sin él.

Le pidió con ansias de madre. Lloró desesperadamente, pero no le faltó el consuelo de palabras sensatas, que salían bajo las tocas de una monja mansita y blanda, que le recordaron que ello no era posible, más para conveniencia da ella que de nadie, pues que sabía en la forma que había ido allí. ¿Pues qué pasara si el señor Marqués supiese el lance? A buen seguro que no se alabaran de la piadosa farsa del rey abajo, cuantos anduvieron con ella,

Por el niño no pasase pena que nada malo le aconteceria en el transcurso de su vivir.

Quien sabía si andando el tiempo le llegara a ver con mitra y siendo inquisidor general del reino, que nadie con más méritos para tan venerable y difícil ministerio pues que había abierto los ojos a la vida en el mismo palacio del Santo Tribunal...

Conoció la acongojada que aquella esposa del Señor hablaba con toda verdad, no le cabía queja alguna, y allí donde comenzara su menester de madre habría de finar junto con el amor a la carne de su carne y acaso entonces, por primera y única vez en su vida le dolió el pecado en lo hondo del alma, que si con buen galán se había divertido, mejor hijo le costaba...

Procuró tener resignación y ofrecer a Dios este sacrificio como penitencia de la culpa cometida.

De allí a poco quedó restablecida enteramente.

Cada día, cuidábanse muy bien de advertir al esposo que la salud espiritual de doña Purificación iba como sobre ruedas, y que en bre-

ve tiempo no siendo Dios servido de disponer otra cosa, tendría la consigo abjurada de sus errores y con cédula especial para entrar en el reino de los cielos.

Cada noticia de estas era un año de vida para el confiado y enamorado viejo. La conciencia cristiana esponjábasele como si sobre ella cayera un chorro de agua bendita, y no pensaba más de en la hora de ser completamente feliz teniendo junto a la que pecó por ignorancia.

El también haríale una admonición cariñosa, para que de allí en adelante tuviese buen cuidado al elegir sus lecturas, que no todo lo que se escribe puede leerse...

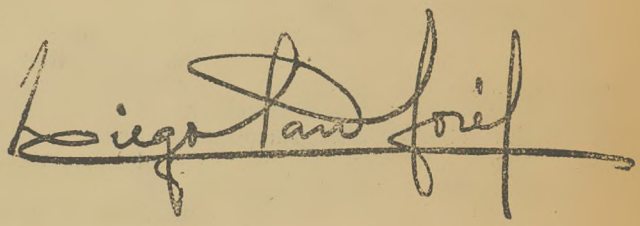
***

Doña Purificación entró en su palacio con los mismos honores que una reina que torna del destierro luego de que triunfó su causa.

Una intensa palidez tenía su rostro, que dábale casi más belleza.

El viejo prócer no cabía en sí de gozo y celebró solemnes fiestas así religiosas como profanas, porque la Santa Inquisición le devolvía a su esposa limpia de conciencia y purificada de alma...

Ya podía ir él por la calle con la cabeza alta desafiando la mirada de las gentes que antes le huían, porque su esposa, que tenía la *gracia del mundo*, había perdido la gracia de Dios...



6 Octubre, 15-917.

Prohibida la reproducción.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID

Es lo mejor La ciencia tiene demostrado que la caida del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raices capilares o bulbos. Usando **La Flor de Oro**, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservareis su color. Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo una de las obras que constituyen el

Teatro Selecto

de

Carlos Arniches

Habiéndonos otorgado
DON CARLOS ARNICHES
autorización para publicar

LA NOCHE DE REYES

invitamos al lector a que adquiera dicha obra que en unión de

La sobrina del cura
La casa de Quirós
Las estrellas
Dolorcitas
La señorita de Trevelez
La gentuza

por nosotros publicadas, componen el teatro selecto de tan esclarecido sainetero.

10 cts.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA BELLEZA DE LAS MANOS

SUMARIO

Su encanto.-Cuidados necesarios.-Blancura.-Suavidad. Las uñas.-Modo de conservarlas y embellecerlas.

La belleza de la mano.—La mano debe ser bonita.—Consejos de Lina Cavalieri.—Remedios de las imperfecciones.—Limpieza de las manos.—Manos morenas.—Manos gruesas.—Cuidados de las manos.—Para tener la mano linda.—Para el sudor de las manos.—Contra los males del frío.—Para tener las manos calientes y que no se pongan encarnadas.—Grietas en las manos.—Los sabañones.—Contra el entumecimiento de los dedos.—Para limpiar las manos muy sucias.—Quemaduras.—Arañazos de alfilerazos y espinas.—Mordeduras.—Picaduras de insectos.—Cortaduras.—Varios consejos.—Las uñas.—La «toilette» de las uñas.—El lenguaje de las uñas.

15 cents.

CONCESIONARIO:

León Ornstein ▪ Madrid

Mariana Pineda, 5

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral** y **Friné**, Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3.---MADRID.

La muestra